

ULA-NURR

Centro de Investigaciones Lingüísticas y Literarias “Mario Briceño Iragorry”

Trujillo Edo. Trujillo.

SABERES DE LA MUERTE

(Contribución al debate postmoderno)

Autor J. Camilo Perdomo. Profesor Titular: camiloperdomot@gmail.com

RESUMEN

Entre las características de todo discurso: oral o escrito, se encuentra su situación; que no es otra sino el conjunto de circunstancias en medio de las cuales se desarrolla un acto de enunciación. La circunstancia alude al contexto: social, lingüístico, literario, técnico y otros. Es decir, los elementos que le preceden y siguen en el enunciado referido a un problema, una palabra o un evento. Cuando se habla de la muerte no puede dejarse por fuera su situación narrativa. Vale decir, se escribe o nombra el vocablo muerte porque existe la posibilidad de su narración y, de allí su identidad.

Palabras clave: Muerte, Discurso, Contexto,

LO QUE LLEGÓ

En el siglo XXI Vivimos un clima cultural denominado por los teóricos (Lyotard, Vattimo, Lanz y otros) postmoderno. Con ello se intenta decir que todo se ha derrumbado y que la muerte de los paradigmas (para hacer ciencia) es una constante. Hay en el ambiente cultural-académico una crisis de identidad, pues todo aquello pensado para durar se esfumó o devino efímero y ya nada vuelve a ser como era o se pensaba. Las claves de la moda invadieron la noción de lo duradero. La seguridad en las teorías tradicionales nos enseña en su cotidianidad que no hay certezas salvo que lo moribundo es un hecho. Los recortes teóricos para leer la realidad a veces funciona y a veces no, pues pareciera que la idea de los agujeros negros está en todos lados para dar los augurios de algo desconocido. Sin augurio no tiene sentido lo que llamamos muerte ni lo que entendemos por vida. Una palabra que explicaría esta sintomatología de lo efímero, lo trágico, lo blando, lo incierto o lo débil de toda futurología es muerte. A la muerte se le percibe de múltiples maneras, pero pareciera obvio que ella misma está cubierta con otras dos palabras: la experiencia y el tiempo. Sin una experiencia percibible en un tiempo donde reposa el cuerpo ausente de

vida no hay memoria de la muerte, pues cada lectura de lo social arrastra consigo su idea de muerte. A su vez, esto debería prepararlo para aceptar y anticipar su propia muerte, bien con resignación, bien con temor. De algunos de estos aspectos trataremos aquí:

¿Y los griegos?

La modernidad, como síntesis de la idea de razón griega y donde juegan los términos ética, virtud, valor y coraje, se nos infundió la idea de pasado, presente y futuro para el ser. Junto a una construcción reina de todas las subjetividades: el tiempo, se pensó que desde esa subjetividad la realidad social podía interpretar sus cadenas simbólicas. Sin embargo, entre el tiempo y la idea narrativa de tiempos verbales, muy útiles para la historia o la geografía, pero inútiles para acoplar al sujeto en la vida cotidiana (los postmodernos dicen que el futuro ya ocurrió y se diluye en el presente) la muerte parece ser la aguja reguladora de ese ser. Ella es como la portadora del sentido de vivir, de las vivencias y de la misma historia. García Márquez alude a la vida como aquello que se recuerda para contarlo. En la mitología griega Atropos corta el hilo de la vida y define el destino humano. Está representada como una mujer anciana, vestida de negro, empuñando tijeras y un ovillo de hilo junto a un libro donde registra el destino de los mortales. Tánatos dios de la muerte o la muerte misma, fue encadenado por Sísifo y luego liberado por Ares. Ahora bien, Ares es dios de la guerra, es la violencia desatada, su carácter es brutal e intransigente. Pareciera que alrededor de la muerte anida la idea de violencia como algo muy humano. Mientras que en los mitos romanos Morta preside el destino de aquellos que morían inmediatamente luego de nacer. En Grecia, Clotos propiciaba el nacimiento e hilaba la vida de los mortales. Estas representaciones eran interpretadas por otros sujetos conocedores de palabras muy cercanas al término muerte, Augurio por ejemplo. De él se dice que es alguien con capacidad para el vaticinio, pues presiente y huele un presagio, se acerca al porvenir y, por supuesto, sabe lidiar con sueños, enfermedades y, el por-venir. Se les llamó sacerdotes, agoreros, sabios. Hoy la televisión muestra a seres de carne y hueso conduciendo conductas para evitar la muerte y llamando la suerte. Cuando confiesan sus salarios generalmente son superiores a los de cualquier profesión vinculada con la educación y la academia. Su contexto de trabajo en el arte del presagio está definido por el pensamiento mitológico. Mito aquí es entendido como fábula, leyenda, ficción, narración fuera del tiempo histórico. Es un recurso discursivo para unir cierta continuidad entre los mundos reales e imaginarios de hombre y dioses. Con la llegada de la modernidad y la

idea-fuerza de una razón fuerte como facultad que todos los humanos tenemos, lo sagrado quedó relegado para dar paso a la secularización del pensamiento. Sin embargo y ante el vacío imperante donde domina la incertidumbre, siguen existiendo tendencias para reproducir el presagio y la adivinación. Es con la llegada de la violencia y el terrorismo donde la muerte perdió su carácter sagrado y devino algo común y hasta cínico-perverso si la asociamos con la lógica del capital, el progreso, el sicariato, la violencia urbana, el desarrollo. De esta manera, la postmodernidad nos muestra hoy una sociedad desprovista de legitimaciones sagradas, pero donde la noción de la muerte es el pivote teórico de la inteligibilidad del universo simbólico imperante: todo es efímero, nada permanece, no hay relatos maestros a seguir.

Intuición de la muerte

Si algo caracteriza al discurso postmoderno, con fuerza, es el manejo del vocablo muerte en todos sus enunciados críticos de la modernidad. Lo curioso es la ausencia de textos explicando la simbología del vocablo, su contexto, sus referencias. En ese discurso la muerte nace como una categoría social y por lo tanto ella misma debe explicarse, es lo mismo que pasa con el vocablo Estado, educación, ideología. Tal discurso, apoyándose en una de sus claves enunciativas: la presuposición, da por respondida cualquier interrogante al respecto. Para contribuir a esclarecer esta presuposición presentamos aquí algunas señales de lo mortuorio útiles para debatir. Un texto escrito por J. P. Corse en 1978 dice en su prefacio esto:

“...En sí misma la muerte no es nada. Cuando Hamlet se refería a la muerte como la distante tierra de cuyas orillas ningún viajero regresa jamás, evocaba cabalmente la separación que existe entre nosotros y los muertos, pero, indirectamente, sugería que los muertos no sólo se han ido, sino que se han ido a otra parte...” (1987)

Si esta idea se aplica a la ciencia social moderna, pareciera obvio que aquellos paradigmas en desuso para un lugar, se fueron para otro. El caso de la muerte de algunas teorías políticas sería muestra de ello cuando ignorando su agotamiento en unos lugares y se aplican en otros de acuerdo a los intereses definidos por el poder de turno. Desde esa idea de Hamlet, la idea de muerte es de sobrevivencia, inmortalidad. Leído así el vocablo,

la pregunta obligada es con respecto a lo vivido: ¿Qué es la vida?, ¿sólo somos huesos y carne? Una breve búsqueda en la red de la Internet nos dice que los contextos occidente y oriente ven la muerte y la vida de diferentes formas: bien como desafío, bien como algo natural. El texto de Corse prefiere hablar de la muerte como un daño irreparable a la red de conexiones entre las personas. Es así como la experiencia de la muerte es útil para reconstruir la memoria de nuestra existencia sin el otro o los otros. Es esta memoria la que nos informaría sobre el dato de las señales vitales. Esa muerte expresada en la lectura del otro, trae dolor, sufrimiento, incertidumbre, pena, lágrimas. Para un estudio de la violencia esa memoria definida desde la experiencia cotidiana importa mucho en la nueva construcción teórica del sujeto social; sujeto que en la muerte de los paradigmas modernos también devino opaco. El paquete revelado por la muerte es plural en esos sentimientos y donde destaca la interdependencia entre difunto, amigos y deudos.

BIBLIOGRAGÍA MÍNIMA CONSULTADA.

BARTRA, A. (1985) Diccionario de Mitología. Ediciones Grijalbo. México.

CIORAN. (2004) Desgarradura. Tusquets Editores, Barcelona.

LEVINAS, E. (1991) La mort et le temps. Éditions de l'Herne. Paris.